

XIV.

A media noche se confesó el príncipe con el obispo de Chartres y pareció consolado por las preces y las bendiciones de la religion. Pidió perdon en voz alta por las debilidades de su alma y arrebatos de su vida. «Dios mio, exclamó muchas veces, perdonadme y perdonad tambien como á mí mismo al que me ha quitado la vida.»

El duque de Angulema, príncipe piadoso desde la juventud, y que tenia para con su hermano la santa autoridad de una vida siempre ejemplar, oraba de rodillas al pie de la cama. «Hermano mio, le dijo tímidamente el herido, ¿creéis que Dios me perdone?—¡Oh! hermano mio, respondió con celestes certidumbre en la mirada, en la voz y en el gesto, el duque de Angulema, ¿qué mas prenda de su misericordia quereis si os hace un mártir?»

La noche avanzaba, iba abreviándose su vida; pero su alma velaba presente á su muerte y atenta á todas sus afecciones. El anciano conde de Nantouillet, su primer guia en los campamentos y su fiel compañero en el destierro, acudió á recibir tambien el último adios de su discípulo. «Ven, mi buen amigo, le dijo el duque abriendo los brazos, quiero abrazarte por última vez.» Habiéndosele dicho que los mariscales de Francia habian ido para demostrarle su interés y su pena, contestó: «¡Ay! yo esperaba derramar mas útilmente mi sangre en medio de ellos por la Francia!»

XV.

El rey, á quien sus prudentes ministros habian retenido toda la noche en las Tullerías temiendo sin duda

las consecuencias que pudiera causarle la emocion de aquel triste espectáculo ó alguna nueva emboscada fuera del palacio, llegó al fin al rayar el día. El ruido de los pasos de los caballos del acompañamiento sobre el empedrado de la calle hizo estremecer de alegría al moribundo: «Tio mio, exclamó desde que vió al rey, dadme vuestra mano, quiero besarla por la última vez.» Luis XVIII le tendió la mano y cogió la suya. «Querido tio, añadió el príncipe con ansiedad, os pido en nombre de mi muerte el perdon de la vida de ese hombre!... —Amado sobrino, le respondió el rey, no estás tan malo como piensas; ya hablaremos de eso!—¡Ay! no pronunciais el sí, replicó el duque con doloroso acento. ¡Oh! pronunciadlo, pronunciadlo, á fin de que muera tranquilo. Perdonad la vida á ese hombre!» Y como el rey callase ó dirigiera el pensamiento del moribundo hácia otros objetos, murmuró el duque con espresion de amargura. «Y sin embargo el perdon de la vida de ese hombre habria dulcificado mis últimos momentos!... Si á lo menos, insistió, llevase el consuelo de que la sangre de ese hombre no correrá por mi luego que yo muera!...»

Pocos momentos despues espiró articulando en su delirio la desatendida súplica de su corazon. Murió perdonando: alma grande oscurecida en la vida, radiante de gloria á la muerte, héroe de clemencia, hizo desde luego lo que hay de mas difícil y meritorio para el hombre: morir bien!

Los sollozos hasta entonces reprimidos estallan con su último suspiro. Su esposa delirante se corta los cabellos sobre su cadáver, y maldiciendo á la tierra donde asesinaban á su marido, pide al rey que la deje retirarse para siempre á Sicilia. El rey se arrodilló al lado de la cama y cerró con sus propias manos los labios y los párpados de la última esperanza viva de su raza.

le achacarian como un cómplice, que espiarían por largo tiempo y cruelmente una sangre de que estaban inocentes, y que el ministro con quien contaban para templar á sus enemigos y tenderles la mano desde en medio del gobierno, arrancado al rey por las súplicas de su familia, sería inevitablemente sacrificado á la cólera del tiempo.

Sordos rumores corrían ya contra la impericia de la policía que no había sabido defender la vida del príncipe, esperanza del trono, contra la mano de un hombre aislado, que había estado espiondo á su víctima tres horas en medio de la calle, y aun suposiciones mas repugnantes y perversas insinuaban que el ministro favorito había dejado al partido de sus enemigos en libertad de obrar con la esperanza de pasar la corona á la cabeza de un colateral. Por todas partes no se veía mas que cómplices, aun entre aquellos que eran los primeros á quienes el crimen dañaba en su favor, en su poder ó en su ambición. Los que no creían en estas iniquidades, afectaban sin embargo creerlas para acriminar el sistema acriminando al hombre. Entre los realistas astutos ó espantados corría de boca en boca el nombre de Mr. Decazes. El favorito era la víctima reclamada por ellos en espiondo de otra víctima.

Una circunstancia fortuita, que probaba en Mr. Decazes la turbacion de espíritu, el celo de corazón y el desprecio á las sospechas en un momento en que su deber le aconsejaba olvidarse de sí mismo, había dado algún cuerpo aparente á aquella sombra odiosa de complicidad dirigida por la credulidad ó la perfidia sobre su inocencia.

Pocos instantes despues de la prision de Louvel, y cuando todavía respiraba el duque de Berry, acudieron al teatro de la Opera, apenas tuvieron noticia del atentado, Mr. Decazes, el prefecto de policía Mr. Angles, el procurador general y los dos ministros Pasquier y Si-

La noticia de su muerte cundió al amanecer por París y desde allí por toda la Francia, donde no solo sembró la emocion de un horror público, sino tambien la consternacion de un presagio. Los golpes que descarga un crimen, y sobre todo crimen político, resuenan mil veces con mas fuerza que los que dá la naturaleza, por que en esos casos el espanto se une á la compasion. El atentado de Louvel estalló como un atentado colectivo, que revelaba alguna inmensa é implacable conjuracion que germinaba bajo los pasos de todos, amenazando el corazón de cada uno y sedienta de la sangre del último de los Borbones. La imaginacion del pueblo, agitada por el terror de la noche, se prestaba á las suposiciones mas odiosas. Se presentía nuevos crímenes en el aire que se respiraba, y se daba al asesino el nombre de un partido. Los realistas, en el primer vértigo de su dolor, no veían mas que emboscadas, lazos y traiciones en torno de la familia real. Llegábanse unos á otros, preguntándose si no bastaría al fin aquel rayo siniestro para abrir los ojos del rey y presentarle el abismo á donde empujaban los ministros á su dinastía, y si en medio de las lágrimas derramadas sobre el cadáver de aquel príncipe, en quien fundaban sus esperanzas, sería preciso acusar ó dar gracias á la Providencia que con la sangre de una víctima querida salvaba tal vez á la monarquía. Los liberales, mas abatidos y consternados, porque el crimen recaía con todo su horror sobre ellos, protestaban con sinceridad su execracion contra un asesino que acababa de manchar su causa y hacer sospechosa la misma libertad. Conocían que la opinion pública sublevada iba á alejarse de ellos por horror al crimen de un malvado que

meon. Entraron en la sala baja donde custodiaban al asesino para hacerle el primer interrogatorio. Los médicos aun no habian declarado mortal la herida. Todos luchaban entre el temor y la esperanza. Al ver Mr. Decazes al criminal tuvo una inspiracion repentina. Creyó que por un refinamiento de maldad el hierro con que el asesino habia herido al príncipe estaba tal vez envenenado, que el conocimiento de este hecho y de la naturaleza del veneno podria salvar á la víctima, y que acaso el asesino con la esperanza de libertarse de la muerte, consentiria en hacer esta revelacion confidencial á los que disponian de su vida. Animado por esta esperanza, Mr. Decazes se acerca al asesino y hablándole al oído le dice en voz baja: «Miserable, una confesion te queda que hacer tal vez para salvar al que acabas de herir y atenuar tu atentado delante de Dios. Dí, dí con franqueza y á mí solo: ¿el puñal está envenenado?—No lo está,» respondió francamente y con el acento de la verdad el asesino. Mr. Decazes respiró y creyó por un momento que se habia salvado el príncipe. Inmediatamente lo participó á los médicos é interrogó en voz alta á Louvel. De este modo se supo tambien su nombre, su oficio de guarnicionero en casa de el del rey, su domicilio en la calle de *Petites-Ecuries*, sus motivos de odio político contra la familia real, su crimen aislado y sin otra complicidad que el fanatismo de las ideas que habia respirado en las murmuraciones públicas de todos los descontentos. Empero aquel celo, aquella solicitud de Mr. Decazes y aquellas pocas palabras pronunciadas en voz baja al oído del criminal para arrancarle su secreto antes de preguntarle oficialmente, interpretadas por la perfidia y por la malignidad de algunos concurrentes en recomendaciones de silencio de un ministro á un cómplice corrian ya de boca en boca en las conversaciones privadas de los cortesanos interesados en la pérdida del favorito, y servian de testo y de indicio á las mas infames calumnias.

XVII.

El rey, herido á la vez en su sobrino, en el corazon de su casa, en el porvenir de su familia, en su sistema político y en el cariño que profesaba á su ministro, se habia vuelto á las Tollerías, inundado de lágrimas y consternado de presentimientos. Háblele seguido Mr. Decazes para acordar con él las medidas de luto, de seguridad pública y de actitud delante de las Cámaras que reclamaban las circunstancias. Habia ofrecido con abnegacion su renuncia al rey, presintiendo que la desesperacion de los realistas, el dolor del conde de Artois, la consternacion de la familia real, las rivalidades de palacio, las interpelaciones de tribuna y la tristeza y la cólera pública iban á acumular contra él, sobre el cuerpo del duque de Berry, tantas acusaciones y sospechas, que era imposible resistiesen á ellas su favor y su fortuna.

«¡Ay! decia el rey á su amigo, no me hago ilusiones, el partido de los realistas exagerados que me asedia y me aborrece tanto como á tí mismo, va á explotar mi dolor y acusarme de insensibilidad y obstinacion si te conservo á mi lado. No importa, la política y la amistad me prohiben entregarles la Francia, que perderian en pocos dias. No debo á mi dolor personal el sacrificio de mi país, resistiré y no nos separaremos.» Mr. Decazes preparó las medidas que debia presentar dentro de breves horas á las Cámaras, esto es: la suspension de la libertad individual y de la de imprenta, dos leyes de peligro público y de dictadura temporal, y la formacion de la Cámara de los pares en tribunal de estado para deferirle el juicio del criminal y de sus cómplices.

Por su parte los realistas, exaltados por el dolor y el odio se disponian á derribar, á favor de la opinion pública, el obstáculo opuesto á su dominacion por el ministro, á intimar al rey en nombre del cadáver de su sobrino y de las lágrimas de su hermano y á herir el corazón del monarca hiriendo el de su favorito. Acaso no ha habido jamás enemistad política que se haya presentado con menos decoro á insultar el luto de una tragedia lúgubre y repentina, ni que mas se haya apresurado á utilizar en provecho de su partido el humo de una sangre que todavía estaba corriendo. La Cámara de los diputados, convocada al amanecer, reconcentraba en un silencio amenazador la tristeza, el luto, la alegría feroz y el crimen de los partidos impacientes de achacarse otro mayor. Un pueblo inmenso obstruía las puertas y las avenidas en esa inmovilidad muda, pero febril, que caracteriza la emocion vaga de las turbas combatidas entre dos sentimientos: el horror á un crimen execrado de todos y la inquietud sobre su destino.

Despues de un largo rato de expectativa que se empleó en conversaciones á media voz y en las noticias que se recibian de fuera, entraron en la sala el presidente y los secretarios, llevando en su rostro y en su traje el luto del acontecimiento de aquella noche. Apenas se habian sentado, cuando un diputado de la extrema derecha, Mr. Clausel de Coussergues, pidió la palabra.

Era uno de esos hombres que suele haber siempre en las asambleas conmovidas, hombres á quienes el odio hace crédulos y la irreflexion crueles, que condensan en sus personas, como nubes vacías, la electricidad de la atmósfera y se apresuran por emulacion de celo á pres-

tar una voz responsable á los rumores vagos y anónimos del espíritu de partido. Algunos hombres exagerados de la derecha se regocijaron malignamente al verle subir á la tribuna; los centros se afligieron, los ministros gimieron y la izquierda y el partido liberal se irritaron de antemano, seguros de tener que sufrir una injuria ó rechazar una calumnia. «Señores, dijo con la espresion de un orador que quiere dar expansion á su alma, no existe ley que arregle la manera de acusar á los ministros; pero es de la indole de esta clase de proposiciones que se hagan en sesion pública y á la faz de la Francia. Propongo á la Cámara que se formule la acusacion contra Mr. Decazes, ministro del Interior, como cómplice del asesinato.»

A estas palabras, la indignacion de los centros y de la izquierda cubre la voz de Clausel de Coussergues. El exceso y la iniquidad del acto sublevan á los menos moderados. Baja de la tribuna despues de haber pedido obstinadamente que le dejaran desenvolver su acusacion. Mr. de Villele le reprende en voz baja, y se vuelve á los bancos de sus amigos. Mas comedido Mr. de La Bourdonnais se limita á pedir que la Cámara vote un mensaje al rey ofreciéndole su cooperacion enérgica á todas las medidas represivas de las doctrinas perversas que minan á la vez todos los tronos. El general Foy consiente á nombre del partido liberal en un mensaje de pésame dedicado todo al dolor, y que no deje á los disentimientos de los partidos alterar la unanimidad de las lágrimas públicas. «Si tal acontecimiento, dice con tanta conviccion como oportunidad, es deplorable para todos, es mucho mas para los amigos de la libertad, pues no pueden dudar un momento que sus adversarios se prevaldrán de ese crimen execrable para intentar arrancar al pais las libertades que el rey le ha dado y quiere conservar.» Esta lealtad y moderacion del general Foy reconcilia los corazones. Se nombra la comision que ha de redactar el

message, y se levanta la sesion con el mayor silencio, retirándose el pueblo triste y conternado.

Al día siguiente renueva Mr. Clausel de Coussergues su proposicion, si bien modificándola, pues habia suprimido la palabra de complicidad en el asesinato, que culpa al hombre, sustituyéndola con la de traicion, que culpa el sistema. Mr. Courvoisier pide que conste en el acta de la sesion anterior el disgusto é indignacion con que habia escuchado la asamblea la proposicion de monsieur Clausel de Coussergues; Mr. Benoit, administrador que habia sido durante el imperio y unido frenéticamente á los realistas desde la vuelta de los Borbones, combate la proposicion de Mr. Courvoisier y dice que un diputado tiene derecho para hacer cargos á un ministro; pero Mr. Clausel de Coussergues habia supuesto un crimen en Mr. Decazes. Mr. de Saint-Aulaire, suegro del ministro ultrajado, sube indignado á la tribuna para vengar á su yerno. Su situacion es mas elocuente que su palabra. La altivez y la energia de su actitud le realzan á los ojos de la naturaleza y de la verdad. «Puesto que Mr. Clausel de Coussergues se obstina en reproducir su proposicion, puesto que persiste en esa acusacion, monumento de su demencia, me veo obligado á hablar, pero no le responderé mas que con una sola palabra, me contentaré con decirle: Sois un calumniador.»

La acusacion, caracterizada por esta sola palabra, obtuvo ya desde entonces la reprobacion de los hombres juiciosos. Abrumado Mr. Decazes bajo el peso de la responsabilidad, bajo la aclamacion de los resentimientos que se levantaban contra él desde el catafalco del príncipe, bajo su dolor personal y las lágrimas del rey, tuvo sin embargo la suficiente firmeza para presentarse á sus enemigos, proteger de este modo á su soberano y desafiar con su desprecio los ultrages del odio; pero el esfuerzo que hacia sobre sí mismo se revelaba en la palidez de sus facciones y en el abatimiento de su voz. Po-

cos hombres tuvieron jamás que arrostrar en su vida pública una situacion mas terrible y embarazosa. Era en apariencia el ministro; pero en realidad era ya la victima que subia á la columna rostrada para regocijar desde lo mas alto las miradas feroces de sus enemigos triunfantes. Limitóse á leer el proyecto de la ley electoral que quitaba la influencia del pais y devolvía, como despojo ópimo depositado sobre un sepulero, el ascendiente y el poder á los realistas exaltados; ellos aceptaban el despojo; pero rompian ya en esperanza las manos que se le ofrecían. El ministro, como en espacion de la sangre vertida por un fanático y en rescate del ministerio, ofrecía dos leyes severas, suspendiendo la una la libertad de los periódicos, y la otra la libertad de las personas. ¡Prendas perdidas! ¡Concesiones inútiles! El palacio, la corte, la Cámara de los pares, la de los diputados, los salones, la calle, los periódicos resonaban con las mas crueles invectivas contra el cómplice moral del asesinato. *Los pies se le han deslizado en la sangre*, escribió monsieur de Chateaubriand en *El Conservador*, formando así de la muerte una imágen al servicio del odio, y de esta imágen una calumnia contra un adversario político abatido y humillado en su desgracia. Todos reconocian en el grande escritor al hombre en quien las pasiones políticas habian sofocado la magnanimidad del genio. Toda arma era buena para él, así como para sus amigos, con tal que hiriese á su víctima. Estas insinuaciones y estas invectivas subian de hora en hora contra Mr. Decazes. No se puede dudar que si hubiera sido entonces mas apegado á su ambición que á su soberano, hubiera hallado un asilo contra aquel desencadenamiento, como Necker en 1789 en el partido revolucionario y bonapartista hostil á los Borbones, porque ese partido medio derribado por la repercusion del puñal de Louvel, podría ofrecer al jóven ministro alianzas, popularidades y deferencias que hubieran hecho de él un gefe de faccion peligroso si

hubiera querido aceptarlas. El corazón del rey estaba en su mano; todavía dependía de él en aquel momento obligar al príncipe á romper todo pacto de debilidad con su familia y arrastrarle con otro 5 de setiembre hasta una distancia de su hermano de donde no pudiera volverse á los realistas. Alejar al conde de Artois de su pequeña corte agitadora en París, desenmascarar las intrigas que se tramaban entre sus amigos, declararle incapaz de reinar por obstinacion ó querer reinar anticipadamente y por medio de una faccion, en vez de querer reinar por la Francia; declarar la corona restituida al duque de Angulema, ó en caso de negativa al de Orleans despues del rey; cambiar la ley electoral y llamar al pueblo á los comicios, tales eran las medidas que los amigos del conde de Artois, los calumniadores de la imprenta y los conspiradores tenebrosos de las antecámaras del hermano del rey suponian que Mr. Decazes aconsejaba y premeditaba. Una intriga oscura, mal descubierta, pocos meses antes y que se habia llamado la *conspiracion del terrado de la orilla del agua* habia medio revelado que sus autores tenian la intencion de destronar á Luis XVIII en provecho de su hermano, lo cual podia motivar represalias en sentido contrario. Estas represalias hubieran ido mas lejos y mas alto que los culpables, porque el conde de Artois, príncipe leal y religioso, no tramaba nada siniestro contra su hermano, y no tenia mas culpa que dejarse rodear de una corte intrigante, ávida y ambiciosa; pero esta corte, compuesta de algunos obispos de la iglesia esclusiva, implacables con la libertad de las conciencias, grandes señores del antiguo régimen, irreconciliables con la igualdad revolucionaria, y de algunos hombres audaces y bulliciosos que agitaban aquellas envejecidas pasiones para fundar su importancia sobre tenebrosos servicios, era bastante odiosa al país para que el peligro ó el odio pareciera legitimar el rayo caído sobre ellos desde las manos del rey y de su ministro. Para ser justos

con el mismo favorito caído, es preciso reconocer que tuvo la suficiente abnegacion y grandeza de alma para no apelar en su caída á tan culpables expedientes de reinado ni arrastrar al rey ni á la monarquía consigo en el derrumbamiento de su fortuna.

XIX.

Mr. de Vitrolles, el primero á quien el conde de Artois admitió en su intimidad, pasados los primeros momentos que le permitieron consagrarse al dolor y á las lágrimas, intimó á aquel desgraciado padre que convenia á su desesperacion y á su dignidad dejar al punto el palacio de las Tullerías para dar lugar á que estallase una escision mas irreconciliable con el favorito, y retirarse con su corte al palacio del Eliseo. Hizo ademas presente al príncipe, que como la incertidumbre del sexo de la criatura que la viuda del duque de Berry llevaba en su seno, dejaba la corona sin heredero seguro despues de él y del duque de Angulema, convenia á su política que violentando un poco su dolor, volviera á contraer matrimonio, y aun dicen que le propuso por esposa á la viuda del rey de Etruria, hija del rey de España Carlos IV, cuyo hijo Borbon de la rama española, adoptaria, haciendo que pasase á él la corona, y separando por medio de un golpe de estado la rama sospechosa y odiada de Orleans.

El príncipe respondió solamente con el silencio á las insinuaciones intempestivas de Mr. de Vitrolles, apoyadas al dia siguiente en los periódicos por las provocaciones patéticas de Mr. de Chateaubriand y de los demas escritores de aquel partido. Por todas partes se procuraba encender la indignacion del conde de Artois, de la duquesa de Angulema y de su marido contra la lentitud del rey en purgar á su consejo y á su corte del hombre del

escándalo, y á instigacion de Mr. de Vitrolles, resolvieron hacer la última tentativa para doblegar al monarca. Para esto contaban con la autoridad de su sangre y con la de su dolor, tenían ademas en el corazon de Luis XVIII una inteligencia secreta que comenzaba á arraigarse y que el mismo Mr. Decazes ignoraba.

Los misterios de la política se cobijan frecuentemente en la sombra de los palacios y en los sentimientos mas íntimos del corazon de los reyes. La mano de una muger invisible hace mover algunas veces, sin saberlo el mundo, los resortes de donde sobreviene la pérdida ó la salvacion de los imperios. Vamos á descubrir por primera vez esa mano que todavía se ocultaba y que dirigió por tanto tiempo y tan abiertamente despues el ánimo del rey.

XX.

Habia en Paris una muger jóven, hermosa, elocuente por naturaleza, tan á propósito para seducir el alma como los ojos de un príncipe que amaba á las mugeres sin profanarlas y que en todos tiempos habia buscado en su trato las delicias de la vista y de la amistad mas bien que las voluptuosidades del amor. Por otra parte, la edad y los achaques habian perfeccionado en Luis XVIII esta disposicion de la naturaleza. Necesitaba reposo, intimidad, pero no pasion; podia tener una amiga, no una favorita. Su predileccion no esponia al objeto de sus preferencias ni al escándalo, ni á las sospechas.

Llamábase esta muger la condesa de Cayla, hija de Mr. Talon, nombre antiguo en la magistratura. Su padre, hombre de grande intriga durante las luchas de la córte y de la revolucion de 1789 á 1792 habia estado unido con Mirabeau, con el conde de Lamarek y con los gefes mismos de la demagogia. Atento á su ambicion y á su fortu-

na, habia representado entre los partidos uno de esos papeles ambiguos y de doble carácter que hacen necesarios, aunque no se les ame, á los que los aceptan. Aspiraba al ministerio por todos los caminos, sirviendo ó derrotando á los gefes de los partidos mas opuestos segun que esos hombres le inspiraban confianza ó recelo de lograr el objeto de su ambicion. Habíase asociado tambien á la intriga del conde de Provenza, á la sazón Luis XVIII, en 1791. Dícese que pocos momentos antes de ser ajusticiado el infortunado Favras por crimen de alta traicion y por el de sobornar gente en favor del conde de Provenza, confió en depósito á Mr. Talon, aunque sin revelar nada de sus relaciones verdaderas ó supuestas con el hermano de Luis XVI, un legajo de papeles que acusaban al conde de Provenza, y que, conservados por Mr. Talon, eran una amenaza ó una esperanza siempre suspendida sobre el honor del rey. Emigrado Mr. Talon, continuó intrigando en Lóndres, despues volvió á Francia durante el imperio, pero desterrado lejos de Paris como intrigante y peligroso bajo toda clase de gobierno, habia muerto en el destierro antes de la restauracion, dejando á su hija el depósito precioso de los papeles de Favras, prenda futura de agradecimiento y de favor en la eventualidad de restablecerse la monarquía. Tal era el rumor público, que no ha sido desmentido ni confirmado, pero al cual los acontecimientos dieron despues algun crédito en la opinion de la córte. Semejante origen y tal sangre eran muy á propósito para dar á aquella jóven, á pesar de su candor y de sus pocos años, algunas tradiciones del genio paternal, del manejo de los partidos y de las seducciones de córte.

XXI.

Habia sido criada en una escuela de diplomacia femenina, en la casa imperial de educacion de Ecouen, dirigida
277 Biblioteca popular. T. III. 37

da por Mad. Campan, muger avezada á los artificios de las córtés. Mad. Campan allí se habia hecho amiga de la hija de la emperatriz Josefina, entonces Hortensia de Beauharnais, despues reina de Holanda y luego duquesa de Saint-Leu. Aunque de otra raza habia cultivado durante el imperio y aun durante los Cien Días, aquella amistad siempre dulce, eventualmente útil, con la hijastra querida de Napoleon. Casada con un hombre de ilustre nacimiento, dependiente de la córte de los Condé, habia tenido que separarse de su marido por incompatibilidades intestinas, cuya desgracia no agravaba ninguna ofensa. Viuda de hecho en la flor de la juventud y de la hermosura, encargada, sola y sin fortuna, del cuidado y del porvenir de sus tiernos hijos, vivia sin ostentacion en la casa del principe de Condé y en la familiaridad de la condesa de Rully, su amiga, é hija natural de aquel principe. Su talento, su gracia y su seducccion no se revelaban mas que á un círculo estrecho de sociedad elegante y devota. Poseia la modestia, la reserva y como el presentimiento del destino de Mad. de Maintenon, que no buscaba las miradas y se dejaba ver en la sombra por Luis XIV. Tal era la muger que la casualidad ó la premeditacion de los dos partidos, de la monarquía y de la iglesia, iba á introducir en el gabinete de un anciano para hacerla servir á sus desig-nios.

XXII.

En la misma época, un jóven de nacimiento ilustre, de figura caballeresca, de ligereza exterior, pero de ambicion profunda aunque noble, independiente y desinteresada, atraia la atencion de la córte y de la capital con la elegancia de sus modales y la agitacion de su vida. Pertenezia á esa gran casa de los La Rochefoucauld, ilustrada en la guerra, en las letras y aun en las faccio-

nes de la Fronda por medio del gran La Rochefoucauld, y que desde Luis XIV parecia formar parte de la magestad real. Esta casa estaba dividida en muchas ramas, algunas de las cuales habian servido á la revolucion, otras al imperio, y la última, la de los La Rochefoucauld de Doudeauville, habia conservado á la fé y á la dinastía antigua una fidelidad á prueba de los interregnos y de los destierros de la monarquía legítima. El vizconde de La Rochefoucauld era de esta rama austera, hijo único del duque de Doudeauville, á quien las vicisitudes de la revolucion habian dejado una fortuna inmensa, gran ascendiente y consideracion personal, legitimadas por muchos beneficios y una virtud severa. Hallándose el vizconde en 1814, á tiempo de caer Napoleon, en toda la fuerza de la edad, del valor y de la opinion, habia sido uno de los primeros en distinguirse al frente de la nobleza jóven de París, deseosa de aprovechar la ocasion de restablecer el trono de sus padres y precipitar la caida de Bonaparte. Se le habia visto á caballo, ostentando en un brazo los colores blancos, recorrer la ciudad escitando al pueblo indeciso á que aclamase un nuevo reinado el dia de la entrada de los aliados en la capital. Se le habia acusado injustamente haber querido mutilar los monumentos de la victoria francesa atando una cuerda á la estatua de Napoleon y tirando de ella con la muchedumbre para arrastrarla por el lodo. Su presencia en la plaza de Vendome en el momento de aquella profanacion cínica, provocada en efecto por un hombre reprobado de todos los partidos, habia acreditado aquel error. Realista exaltado, pero leal de corazon y generoso con los vencidos, se le suponía favorito del rey y de los principes á causa de su nombre, de su opinion y de su celo, y efectivamente desempeñaba cerca de la familia real uno de esos elevados destinos de honor reservados á los nombres antiguos de la monarquía. El conde de Artois le dispensaba su familiaridad, y el mismo rey su indulgencia. Se

habia casado con la hija del duque Mathieu de Montmorency, uno de los hombres de carácter mas resignado y consolador que puede presentar la historia en las vicisitudes de los tiempos de revolucion, reformador popular por generosidad de alma al principio, víctima durante los escesos, constante despues de los reyeses, generoso despues de los triunfos, indulgente y moderado siempre.

XXIII.

El vizconde de La Rochefoucauld, por su familia, por aquella alianza, por su educacion, confiada á un eclesiástico elocuente y de mucha influencia en el clero, como lo era el abate Duval, por sus relaciones de sociedad y por sus intimidades de córte, vivia en la atmósfera de realismo y de religion, de iglesia y de palacio, de obispos, principes y cortesanos, que mas ofuscaba el favor impacientemente sufrido de Mr. Decazes. Aunque extraño á aquel gobierno oculto y quisquilloso, que se esforzaba por constituirse al rededor del conde de Artois en oposicion ambiciosa, entre algunos eclesiásticos emigrados é intrigantes, participaba de la animadversion y del terror que las concesiones de Mr. Decazes y del rey á las ideas, y sobre todo, á los hombres de la revolucion, inspiraban á los realistas de la Cámara, de la aristocracia y del clero. Algunos jesuitas, esos religiosos diplomáticos de la Iglesia para con los pueblos, apenas percibidos entonces en el movimiento de las opiniones, comenzaban, sin embargo, á ejercer cierto dominio sobre la política de las familias antiguas. Admitidos durante el imperio á compartir con la universidad la educacion de las clases altas, habian desplegado en ese arte de apropiarse y adherirse la juventud, tal destreza, celo y talento, y tales virtudes, que habian aumentado su fama é

influencia para con la aristocracia. Las familias, cuyos hijos ellos habian instruido, recibian sin saberlo sus propias inspiraciones. Adictos á los Borbones despues de la caida del imperio, tendian por el espíritu mismo de su institucion á reanudar aquel nuevo reinado de los Borbones con la Iglesia, á fin de acrecentar la fé religiosa de los pueblos con el ascendiente del poder real, y no allanar los caminos del gobierno mas que á los hombres religiosos. Era, pues, natural que hicieran inclinar las opiniones que les estaban sometidas por medio de las conciencias, mas bien hácia la política clerical del conde de Artois, que hácia la política profana y filosófica del rey. La monarquía absoluta convenia mas á sus miras que el reinado de una constitucion deliberante, porque es mas fácil captarse una córte que un pueblo, y gobernar á un rey que gobernar á una opinion pública. Aquel era el primer gérmen de lo que se llamó algunos años despues la *congregacion*, poder de asociacion medio santa, medio profana, medio religiosa y medio ambiciosa, que mas adelante ejerció en realidad una influencia temible y fatal sobre el destino de los Borbones. Esta congregacion sin cuerpo, invisible, apenas conocida de sí misma en aquellos primeros años del reinado, gobernaba ya moralmente la opinion pública de cierto numero de devotos y ambiciosos entre las altas clases de París y de las provincias. Como el aire, esa congregacion inclinaba las cosas, sin que al parecer las tocase. Muchos de los que buscan el viento se pliegan á él: los unos por arrepentimiento sincero del ánimo que les obliga por repugnancia á lo presente á buscar reposo á sus dudas en el culto tradicional y consolador de lo pasado; los otros por adulacion interesada y servil á las opiniones que prometen fortuna y favor á sus sectarios.

Todos los hombres y todas las mugeres de aquella opinion aspiraban á la caida del favorito, porque como hombre nuevo, Mr. Decazes ofuscaba á los nacimientos

ilustres; como ministro constitucional alarmaba las conciencias absolutas, y como consejero del 5 de setiembre y de las promociones revolucionarias que habian suplantado á la mayoría de los pares, infundia tambien recelo á los realistas imparciales sobre la suerte de la monarquía.

Sucedia esto algunos meses antes del asesinato del duque de Berry, y la muerte de este príncipe no habia venido á dar todavía al clamor general el motivo ó pretexto que debía arrancar al favorito del corazón del rey. Era, pues, preciso insinuarse para desarraigar de él el poder del ministro y sustituirlo con otro ascendiente. Faltaba el instrumento á este vago designio, y este instrumento no podía ser otro mas que una muger; la naturaleza la habia creado en Mad. de Cayla. Buscábanla, y la amistad proporcionó su descubrimiento á Mr. de La Rochefoucauld.

XXIV.

Hacia algunos años que trataba á aquella muger, profesándola una especie de culto, y como era amiga íntima de su esposa, habia podido apreciar en la intimidad de su familia, su hermosura, sus desgracias y su irresistible atractivo. Una correspondencia diaria mantenía entre ellos cierta comunidad de sentimientos y de ideas que se caracterizaba en sus cartas por las espresiones de hermano y hermana. Las cartas de Mad. de Cayla, tiernas y piadosas á la vez, como confianzas de muger, probaban, sin embargo, por algunas ideas sobre las cosas de la época una madurez de juicio y una fuerza de reflexión, que no habrían admirado en una Seigné, ni en una princesa de los Ursinos. Esas cartas, cuya mayor parte han sido despues publicadas, dieron sin duda á Mr. de La Rochefoucauld ó á sus amigos la primera idea

del plan de seducción que se trataba de presentar á los ojos, é insinuar en el ánimo y en el corazón del rey. «Aquel Asuero necesitaba una Esther,» segun la feliz espresion de la misma Mad. de Cayla, aludiendo al papel que querian confiarle.

Fuera de eso lo que quiera; que el pensamiento de aquella combinacion hubiese nacido solamente en el corazón del jóven amigo de aquella muger seductora, ó que hubiese nacido en él sin saberlo, de acuerdo con las opiniones y los proyectos que en torno suyo se agitaban, el vizconde de La Rochefoucauld resolvió hacer una *Esther* de la muger que mas admiraba en el mundo, y apoderarse por medio de ella del corazón de Luis XVIII en provecho de sus opiniones, de la monarquía y de la religion. Concebido este plan, solo faltaba hacer que consintiese en él y lo auxiliara la que debía ser su instrumento ó su victima, porque el papel de favorita, sino envolvia crimen, tenia á lo menos sus peligros en la corte y sus siniestras interpretaciones en la opinion pública.

XXV.

Gracias á la familiaridad que se habia establecido entre aquella muger y Mr. de La Rochefoucauld la encontró éste una tarde del precedente otoño en el salón del anciano príncipe de Condé en el palacio Borbon, y llevándola á una de las calles mas desviadas del jardín de aquel palacio, por cuyo pie pasaba entonces el Sena, tomó el acento misterioso de una confianza y le pidió la mas profunda atencion á lo que iba á decir. La jóven le escuchó sin interrumpirle. «La monarquía y la religion que amais con todo el fervor de vuestra familia, le dijo, vacilan y están á punto de caer en otra revolucion. El primer ministro, sea ciegamente, por popularidad ó am-